

de ser por vuestra boca, ni por palabra imperiosa, ni por vuestras manos. Y ansí mismo tendreis gran cuenta, que en el trato y pláticas ordinarias useis de modestia y templanza, sin os descomponer y entonar; que es cosa que detrae y detrae mucho a la autoridad de tales personas. Y la misma cuenta tendreis de que vuestras pláticas, y las que en vuestra presencia se hicieren, sean honestas y decentes, como es debido a vuestra persona y calidad.

»Así mismo debeis estar muy prevenido y advertido en el trato comun con todo género de gente, y que esto sea de manera, que con ser afable, apacible y de buena acogida, guardéis juntamente el decoro y decencia de vuestra persona y cargo; y que así como con la afabilidad se gana el amor de las gentes, conserveis juntamente con esto la reputación y respeto que se os debe tener. En el invierno y en los otros tiempos que no se navegare, estando en tierra, y no haciendo falta a los negocios de vuestro cargo, a que principalmente debeis atender, ocuparos heis en buenos exercicios, especialmente de las armas: en los cuales así mismo hareis que se ocupen y exerciten los caballeros que con vos han de residir, excusando en los tales exercicios gastos, pompas, y excesos; y que todo se enderece al verdadero exercicio de las armas; y que el uso dellas haga a los tales caballeros diestros y hábiles para los efectos y acasiones que se ofrecieren. Y ansí mismo dareis orden se excusen los dichos gastos y excesos en los vestidos y trajes y común trato, dando vos exemplo en lo que a vuestra persona y criados vuestros tocare.

»Esto es lo que se me ha ofrecido acordaros, confiando que lo hareis mejor que aquí lo digo. Lo cual servirá para vos solo y por eso va escrito de mi mano. En Aranjuez el 23 de Mayo de 1568.—*Yo el Rey*».



XII

LLEGÓ D. Juan de Austria a Cartagena muy a fines de Mayo, y esperábale allí su lugarteniente el Comendador mayor D. Luis de Requesens, que le hospedó en su casa. Esperábanle también por orden del Rey y como consejeros D. Alvaro de Bazán, que fué luego el primer Marqués de Santa Cruz, D. Juan de Cardona y el veterano Gil Andrada.

Lleváronle lo primero a visitar las galeras surtas en el puerto, y D. Juan quedó tan agradecido como maravillado de la Capitana que le había hecho preparar su hermano el Rey D. Felipe, según todos los adelantos de la época.

Era una galera de corte veneciano, con sesenta remos, tan ligera para navegar como fuerte para acometer y resistir. Habían construído el casco en Barcelona, con pino de Cataluña, que es el mejor leñamen para barcos que se halla en Asia, Africa y Europa, y la suntuosa popa en Sevilla, según la traza dada por el pintor y arquitecto Juan Bautista Castello, dicho el Bergamesco. Medía sesenta y ocho codos de quilla, ochenta y dos de eslora, veintidós de manga y doce de puntal.

Estaba pintada toda de blanco y encarnado, y la popa

adornada con hermosas pinturas con anchos frisos y ornamentos, todos simbólicos de las altas cualidades que debe tener un gran capitán. Había en el sobredragante tres grandes cuadros divididos por otros dos entrelargos: representaba el del centro la conquista del vellocino de oro, por Jasón, que según Plinio fué el primero que navegó en *nao prolongada*: a la derecha estaban representadas la Prudencia y la Templanza, a la izquierda la Fortaleza y la Justicia, y en los dos paños divisorios veíase en uno al dios Marte con la espada de Vulcano y el escudo de Palas con este lema—*per saxa, per undas*—y en el otro el dios Mercurio con el dedo puesto sobre los labios en ademán de silencio y este mote—*Opportune*—.

Salían de aquí y extendíanse por uno y otro lado gruesas cadenas del Toisón, entrelazadas con mascarones y otros cuadros simbólicos que llegaban hasta la proa, terminada ésta en un poderoso Hércules apoyado en su clava. Sobre la popa brillaba la gran farola insignia de la Capitana, de madera y bronce, toda dorada, rematando en una estatua de la fama.

El 2 de Junio celebraron consejo presidido por D. Juan, El Comendador mayor D. Luis de Requesens, D. Alvaro de Bazán, D. Juan de Cardona y Gil de Andrada. Era este el primer consejo que presidía D. Juan, y sin mostrar suficiencia impropia de sus años, ni timidez muy natural en ellos, dió desde luego pruebas de una de las más prudentes cualidades que puede tener el caudillo llamado a dirigir y gobernar: *Saber preguntar y saber escuchar*. Decidióse en el consejo salir a la mar sin pérdida de tiempo para recibir a la flota que venía de Indias, escoltarla hasta Sanlúcar de Barrameda y volver luego a perseguir corsarios por todas las costas del Mediterráneo hasta los puertos de Francia y de Italia.

Fijóse el embarque y salida para el día 4, y era verdaderamente pintoresco el espectáculo que ofreció aquel día el hermoso puerto de Cartagena. Hallábanse empavesadas las treinta y tres galeras que componían la flota, con aquel lujo, propio de la época, de gallardetes en los pañoles, flámulas en las entenas y estandartes en las popas: era la más vistosa la Capitana, viéndose enarbolado en ella, por orden de D. Juan, junto a la insignia real, el estandarte de Nuestra Señora de Guadalupe.

Confesó y comulgó D. Juan aquel día muy de mañana, y a las nueve entró en la Capitana seguido de grande acompañamiento. Rompieron entonces todas las galeras en salvas de artillería y músicas de cajas y trompetas, clarines, añafles y chirimías; la chusma encaramada en las jarcias y el pueblo apiñado en falúas y en los muelles hasta el punto de caer muchos al agua, aclamaronle frenéticamente, y D. Juan, el gran D. Juan que sobre el humilde Jeromín había formado D.^a Magdalena, irguió la enérgica cabeza como si olfatease entre el humo de la pólvora los efluvios de la gloria que le salía al encuentro, y sintió dilatarse su pecho y ensancharse su corazón como si se diese cuenta por vez primera de aquella misión altísima del cielo que anunció poco después al orbe todo el gran Pontífice San Pío V con aquellas palabras: *Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Joannes*. «Hubo un hombre enviado por Dios que se llamaba Juan.»

Prolongóse la jornada hasta mediados de Setiembre que volvió la flota a Barcelona para invernar en aquel puerto, según era la costumbre de aquel tiempo en los meses de Octubre, Noviembre, Diciembre y Enero, salvo caso de urgente necesidad o grave peligro.

No hubo sin embargo en aquella expedición encuentros peligrosos, ni reñidas batallas, ni ricas y abundantes presas.

Mas hubo para D. Juan—y esta era la idea de Felipe II al confiarle aquel mando—profunda y práctica enseñanza de lo que es el mecanismo de una flota y un ejército de desembarco; aprendizaje utilísimo del modo de combinar y dirigir estas fuerzas reunidas, y ocasión oportuna de mostrar a grandes y chicos las dotes de energía y benignidad que constituyen al caudillo modelo, y de que con tan larga mano había dotado Dios a D. Juan de Austria.

Su seguro golpe de vista al juzgar, su prudencia al decidir, su rapidez y valentía al ejecutar y su firmeza y energía al reprimir y castigar, revelando a todos en el novel caudillo al hijo no degenerado de Carlos V; y su noble magnanimidad para el vencido, su afable compasión para el desgraciado y su respetuosa caridad para todo pobre y miserable por vil y bajo que fuese, revelaron también al antiguo Jeromín que ordenaba con la caperuza en la mano los pobres de D.^a Magdalena en el patio de Villagarcía y había aprendido de esta gran matrona a mirar y respetar en el pobre la imagen de Jesucristo.

—Jamás, solía decirle aquella, deja un crucifijo de ser el símbolo de la redención; y aunque manos alevés la profanen y arrojen en un muladar, siempre será susceptible de limpieza y pulimento, y siempre merecerá la misma veneración. Pues de la misma manera jamás deje de ser ningún hombre *el redimido por Cristo*; y por mucho que le deslustre la infamia y le manche el crimen, siempre será susceptible de arrepentimiento y perdón, y siempre merecerá el respeto de lo que ha costado la sangre de todo un Dios.

Esta excursión cimentó, pues, el pedestal sobre que había de elevarse la gran figura de D. Juan de Austria, y desde entonces respetáronle los capitanes como caudillo, amáronle los soldados como padre, y la chusma de los barcos, los infelices galeotes *atados al duro banco*, vieron

en él una especie de arcángel que descendía hasta el purgatorio de su condenación para aliviar sus trabajos, fomentar sus esperanzas y no echarle jamás en cara sus delitos, como hace la delicada misericordia cuando ha fallado ya la severa justicia.

Al desembarcar D. Juan en Barcelona anunciáronle la muerte del Príncipe D. Carlos, acaecida dos meses antes, el 24 de Julio, vigilia de Santiago, mientras D. Juan se hallaba en el mar. Afectóle grandemente esta nueva, no tanto por la muerte del Príncipe, que fué santa y cristiana y la mejor suerte que pudo caber a aquel desdichado, como por la pena que supuso había de lacerar el corazón de D. Felipe como rey y como padre.

Estos tristes escarmientos de la vida, recordaron a don Juan la promesa hecha a D.^a Magdalena de Ulloa de retirarse por algún tiempo al convento del Abrojo para meditar allí en la soledad las verdades eternas, y parecióle aquella la mejor ocasión para cumplir su palabra.

Dióle licencia de muy buena gana el Rey D. Felipe y partióse D. Juan para Madrid y luego para Valladolid, donde le esperaba D.^a Magdalena de Ulloa. Alcanzóle allí la triste nueva de haber muerto el 3 de Octubre (1568) la buena y dulce Reina su cuñada D.^a Isabel de la Paz, y ostigados con esta nueva pena los propósitos de D. Juan, retiróse al punto al Abrojo, solo con dos ayudas de cámara y el secretario Juan de Quiroga.

El monasterio de Scala-coeli, llamado vulgarmente del Abrojo por ser este el nombre del bosque en que lo fundó Alvar Díaz de Villacreces, era un convento de franciscanos descalzos, situado en aquella espesura, a media legua de Valladolid. Tuviéronle gran devoción los reyes de Castilla y declaráronle sitio real, cercándolo todo de torres y muros almenados, y reservándose al lado de la iglesia un de-

partamento modesto, donde se retiraban en ciertas solemnidades religiosas y en sus tiempos de luto o de penas.

Había en estos tiempos de D. Juan en el convento del Abrojo un fraile muy siervo de Dios, que llamaban Fray Juan de Calahorra, que le había conocido pequeñito en sus años de Jeromín, y confesádole y dirígídole muchas veces en Villagarcía y en Valladolid.

Estimaba mucho D. Juan su santidad y dulce trato, y quiso tenerle a su lado como confesor y consejero espiritual, durante todo aquel tiempo de su retiro que pasó de dos meses.

Mas llegó durante este tiempo a la soledad del convento del Abrojo la alarmante nueva de la rebelión de los moriscos de Granada, y Juan de Quiroga, que amaba a D. Juan con delirio, como todo el que le trataba de cerca, y conocía a fondo sus cualidades guerreras, que solo necesitaban ya ancho campo en que explayarse y triunfar, aconsejóle pidiese al Rey D. Felipe el mando de aquella empresa.

Entusiasmóle a D. Juan la idea, mas quiso consultarla antes con Fr. Juan de Calahorra y D.^a Magdalena de Ulloa, que vino a visitarle varias veces durante aquellos dos meses. Alabóle mucho el fraile el proyecto, y como movido del espíritu profético dijo a D. Juan *que no solo obtendría aquel mando, sino que éste le daría nombre grande en toda Europa.*

En cuanto a D.^a Magdalena, aprobóle igualmente la idea, é instóle a realizar con más ahínco aún que Juan de Quiroga y el fraile: según ella, la ociosidad opulenta de la corte sería siempre funesta a la juventud de D. Juan, y solo las responsabilidades y los trabajos de la guerra podían mantener en equilibrio la juvenil fogosidad de su corazón.

Y descubriendo más su pensamiento la discreta dama, dijo a Fr. Juan de Calahorra: «Pues que solo el Rey puede

casarle con una princesa, desposémosle mientras tanto con la guerra, cubriendo su fealdad con los afeites de la gloria.»

Satisfecho D. Juan con esto, fuese a Madrid en postas, y antes de presentarse a su hermano D. Felipe, envióle la siguiente carta:

«S. C. R. M.—La obligacion que tengo a V. M. y mi natural fe y amor a él me hace que advierta siempre con toda sumision de lo que siento convenir. Di cuenta a V. M. de mi llegada a esta corte, y de la causa de haberme venido a ella; y creí no se ofreciera tan presto de embarazar a V. M. con papeles de tan poca importancia como los míos. Agora he entendido el estado que tiene la rebelion de los moriscos de Granada, y el aprieto en que se halla la ciudad, llegando a certeza la presuncion: y como me toca tan de cerca el bolber por la reputacion, respeto y grandeza de V. M. ofendida del atrevimiento de estos inobedientes, no pude contenerme con aquella obediencia y rendimiento entero de mí todo a la voluntad de V. M. que he mostrado siempre, de representar la mia y suplicar a V. M., pues es honra de reyes durar en los favores comenzados y hazer hombres de su mano y yo soy hechura de V. M., se sirva de mí en su castigo, pues sabe se me puede fiar más bien que a otro y que ninguno lo hará en esta canalla como yo. Confieso son tales que no merecian hacer caso dellos, y que bastaba cualquiera para castigarlos; mas porque los ánimos, aunque viles, quando tienen fuerças se ensoberbecen, y a estos no les faltan ya segun el caso presente nos avisa, y es necesario quitarles el poder: no siendo el Marqués de Mondejar poderoso a esto (porque me dicen está encontrado con el Presidente, y que le obedecen pocos y de mala gana), y aviendo de enviar persona, como mi natural me lleva a estos ejercicios, y yo soi tan obediente a su Real voluntad de V. M. como el barro en manos de su hollero,

parecióme ofendia gravemente a mi amor, a mi inclinacion y a lo mucho que debo a V. M. si no hazia por mí este oficio: pero bien sé que quien sirve a V. M. y está puesto en sus Reales manos, todo lo tiene seguro, y no puede saber pedir; mas no por esto merece nombre de culpa semejante accion, antes deve ser estimada. Si llegare a este estado mi deseo, él y yo quedaremos bastantemente premiados. Con esta ocasion vine del Abrojo; que menos que con causa del servicio de V. M. y tan grande, no me atreveria sin orden expresa de V. M. Guarde nuestro Señor la C. y R. persona de V. M.—De la posada a treinta de Diziembre de mil y quinientos y sesenta y ocho.—De V. M. hechura y más humilde servidor que sus reales manos besa.
—*D. Juan de Austria*.



XIII



OSA extraña es por cierto, cómo un rey tan precavido y bien informado como Felipe II, no previno desde luego las terribles consecuencias que pudo traer para España y para la cristiandad entera la rebelión de los moriscos de Granada en 1568. Y más de extrañar es todavía si se considera que las naciones todas, alarmadas desde un principio, no apartaban la vista de aquel rincón de las Alpujarras y precavíanse en pro o en contra, según convenía a sus intereses la derrota o el triunfo de los rebeldes. Triunfantes éstos y abiertas las costas de Andalucía a los moros berberiscos y a los turcos, que los animaban y favorecían, hacíaase muy realizable el acariciado sueño de Selim II de apoderarse de España, empresa no imposible para el formidable poder de los turcos en aquella época.

Hallábase la rebelión muy de antemano preparada; mas dióse a luz de repente, como brotan de improviso las llamas, al más suave viento, en un montón de leña seca que desde mucho tiempo atrás tiene debajo rescoldo. Susurrábase en Granada que los moriscos de Albaicín andaban

de concierto con los de la Vega y de las Alpujarras para invadir la ciudad y degollar a los cristianos viejos, y teníase por seguro que trataban con los reyes de Argel y de Túnez y los turcos de Selim para alzar sus banderas y entregarles el reino. Todo era, pues, en Granada sospecha, desconfianza, recelo: las casas cerradas, las tiendas solitarias, el comercio con los lugares vecinos interrumpido, las gentes temerosas y recatadas siempre, acogiéndose a cada paso a la Alhambra y a los templos por ser lugares más fuertes.

Así las cosas, el 16 de Abril (1568) víspera de Pascua de Resurrección, cerró la noche muy oscura y lluviosa, y entre ocho y nueve comenzó la campana de la vela en la fortaleza de la Alhambra a tocar furiosamente a rebato. Cundió el espanto por todas partes, y creció más todavía al oír al centinela que tañía gritar despavorido—¡Cristianos, remediaos!...—¡Mirad por vosotros, cristianos, que esta noche habéis de ser degollados!...

El alboroto fué horrible: precipitábanse las mujeres medio desnudas hasta por las ventanas: salían los hombres abrochándose los jubones y los sayos y atropellábanse al cargar los arcabuces y preparar las ballestas. Llegaron los frailes de San Francisco a la plaza armados todos de arcabuces, y otros frailes formaron ante la Audiencia Real un escuadrón con picas y alabardas.

Acudieron también, cada cual por un lado, el Corregidor, el Presidente de la Chancillería D. Pedro Deza y el Conde de Tendilla, Capitán general por ausencia de su padre el Marqués de Mondejar, y súpose entonces que todo había sido una falsa alarma.

El alguacil Bartolomé de Santa María, que estaba de ronda, mandó al anochecer cuatro soldados a la torre del Aceituno, que está en lo alto del cerro donde el barrio del Albaicín se asienta. Estaba la noche en extremo oscu-

ra; llevaban los soldados teas de esparto para alumbrarse, y al llegar al pie de la torre, que tiene subida dificultosa y descubierta, meneaban las teas los que iban delante para alumbrar a los que iban subiendo, y luego de llegados echábanlas abajo. Vió este movimiento de luces el vigía de la torre de la Vela, y creyendo que los moriscos del Albaicín hacían almenaras, esto es, señales, a los de la Vega desde la torre del Aceituno, apresuróse a tocar a rebato: lo cual prueba el estado de excitación de los ánimos, y cuán por cierto se temía que de un momento a otro intentarían los moriscos el degüello de los cristianos.

No tranquilizó este sencillo relato al pueblo alarmado y empeñóse la muchedumbre en atacar al Albaicín y tomar la mano a los moriscos degollándolos a ellos. Guardó entonces el Corregidor con caballeros y gente de confianza las callejas que subían al Albaicín para cortar el paso a la muchedumbre. Mas nada hubiera impedido la sangre y el saqueo, si una tempestad horrible de lluvia, relámpagos y truenos no se hubiese encargado en aquel momento de barrer las calles y aplacar la furia de los ciudadanos.

Todo parecía dormir mientras tanto en el Albaicín: mas detrás de las atrancadas puertas y cerradas ventanas velaban los moriscos en acecho, prevenidos para la defensa; y convencidos aquella noche del riesgo que corrían si dejaban a su vez *tomar la mano* a los cristianos, resolvieron apresurar la empresa atroz que meditaban. Reuniéronse en casa de un cerero del Albaicín, llamado Adelet, y allí discutieron sus dudas, tiraron sus planes y formaron su proyecto.

Decidióse dar el golpe el día de Año nuevo, y no el de Navidad, como pensaban, porque existía un pronóstico de que los moros recobrarían a Granada en el mismo día en que los cristianos se la quitaron, y esto fué el 1.º de Enero de 1492. Decretóse hacer en las alquerías de la Vega y en

los lugares de Lecrin y Orgiba un padrón de ocho mil hombres, que estuviesen dispuestos a una señal que desde el Albaicín les harían, a atacar la ciudad por la puerta de la Vega, con bonetes colorados y tocas turquescas, a fin de infundir la confianza en unos y el terror en otros, haciéndose pasar por turcos o gente berberisca llegada en socorro de los moriscos.

Llenaron este padrón muy cumplidamente dos albarberos que con el pretexto de adobar y vender albardas recorrieron todos aquellos lugares sin despertar sospechas de nadie. Empadronáronse también en la sierra otros dos mil hombres escogidos, que ocultos en un cañaveral esperarían la seña del Albaicín para escalar el muro de la Alhambra que mira al Generalife con diecisiete escalas que se hicieron en Güejar y Quentar: eran las escalas de maromas de esparto, con escalones de palo tan anchos, que podían muy bien subir tres hombres al mismo tiempo.

Una vez concertado este ataque que habían de dar a Granada por la parte de fuera, dispusieron el que habían de dar en combinación los moriscos del Albaicín por la parte de dentro. Dividiéronse en tres grupos con otras tantas cabezas. Miguel Acis con las gentes de las parroquias de San Gregorio, San Cristóbal y San Nicolás, y una bandera de damasco carmesí con medias lunas de plata y flecos de oro, debía tomar la puerta de Frex el Leuz, que cae en lo más alto del Albaicín. Diego Miqueli con las de San Salvador, Santa Isabel y San Luis, y una bandera de tafetán amarillo, la plaza de Bib el Bonut; y Miguel Moragas con la gente de San Miguel, San Juan de los Reyes y San Pedro y San Pablo y una bandera de damasco turquesado, la puerta de Guadix.

Todos juntos habían de dar lo primero sobre los cristianos que moraban en el Albaicín, y degollarlos sin piedad

ni tregua. Bajaría luego el primer grupo a la ciudad para caer sobre las cárceles del Santo Oficio y soltar los presos moriscos, asesinando y quemando cuanto encontraran al paso. Caería el segundo sobre la cárcel de la Ciudad y libertaría a los presos, matando después al Arzobispo e incendiando su palacio. El tercero debía atacar la Audiencia Real, matar al Presidente y soltar los presos de la Chancillería, viniendo todos a reunirse en la plaza de Bibarrambla, donde acudirían también los ocho mil moriscos de la Vega. Desde allí repartiríanse todos por la ciudad, según mejor conviniere, para ponerla toda a sangre y a fuego.

Era el principal instigador de estos planes sanguinarios Farax Abenfarax, renegado de Africa, del linaje de los Abencerrajes, y salteador de caminos de los que llamaban los moriscos *Monfies*. A este hombre bestial y fiero encomendaron los moriscos reunidos dar aviso en las Alpujarras de lo acordado, y convocar allí una junta numerosa que eligiese Rey entre ellos, asentando desde aquel momento que el elegido en las Alpujarras sería en el Albaicín confirmado.

Fué, pues, elegido D. Hernando de Valor, el morisco más rico de las Alpujarras, descendiente de Mahoma por el linaje de los Abenhumeyas y Almanzores, reyes de Córdoba y Andalucía, cuyos abuelos de D. Hernando, por vivir en Valor, lugar de aquella sierra, tomaron este apellido. Era mozo de veinticuatro años, de poca barba, color moreno, ojos negros y grandes, cejijunto y de muy buen talle: pero codicioso, vengativo, disimulado y falso, y como mostró después, perverso.

Eligiéronle con la antigua ceremonia de los reyes de Andalucía: los viudos a un cabo, los por casar a otro, los casados a un lado y las mujeres a otro. Púsose en medio un alfaquí, sacerdote entre ellos, y leyó una antigua profecía

árabe, por la cual un mozo de linaje real que había de ser bautizado y hereje de su ley, porque en lo público profesaría la de los cristianos, libertaría a su pueblo. Clamaron todos que estas señales concurrían en D. Hernando; aseguró el alfaquí que lo mismo atestiguaban los cursos y puntos de las estrellas en el cielo por él observados, y apresuráronse a vestirle una rica púrpura y en torno del cuello y espaldas una insignia colorada a modo de faja, y en la cabeza una corona con tiara también de púrpura. Tendieron cuatro banderas en el suelo, a las cuatro partes del mundo, y D. Hernando hizo oración inclinado sobre ellas, con el rostro al oriente, y juró morir en su ley y en el reino, defendiéndole a él y a ella y a sus vasallos. Levantó entonces un pie y en señal de general obediencia, postróse Farax Abenfarax en nombre de todos y besó la tierra donde el nuevo Rey tenía la planta. Alzáronle entonces en hombros, y todos gritaron:

—¡Dios ensalce a Mohamet Aben Humeya, rey de Granada y de Córdoba!...

Quedó con esto hecho rey, y nombró oficios y dió cargos, entre ellos el de Justicia Mayor a Farax Abenfarax, y el de Capitán General a su tío D. Fernando el Zaguer, que llamaban en árabe Aben Jauher. Envió también sus embajadores a los reyes de Argel y Túnez, notificándoles su nombramiento y pidiéndoles socorro de hermanos: a lo cual contestaron ellos con grandes demostraciones y promesas ofreciendo enviar galeras con gente, armas y bastimentos, que llevarían por contraseña una vela teñida de rojo.

Había mientras tanto entrado el mes de Diciembre, y Farax Abenfarax fué acercando disimuladamente a Granada, dejando tras sí preparada la sedición como un reguero de pólvora a que podría dar fuego en un segundo, una vez llegado el momento.

Mas la codicia y el mal contenido odio de los moriscos prendieronle fuego antes de tiempo. El 23 de Diciembre dirigianse a Granada guiados por un morisco, siete escribanos de la Audiencia de Ujjar de Albacete: iban a pasar las Pascuas con sus mujeres y llevábanlas gran provisión de gallinas, pollos, miel, frutas y dineros.

Al entrar en una viña del término de Poqueira, encontráronse en acecho un tropel de moriscos armados, que los despojaron de todo y les dieron cruel muerte. Escapóse uno de ellos llamado Pedro de Medina con el guía, y fueron a dar rebato en Albacete de Orgivar. Igual suerte tuvieron aquel mismo día cinco escuderos de Motril, que venían también para Granada con regalos de Pascua. Aquella misma noche llegaron a dormir en Cadiar el capitán Diego de Herrera con su cuñado Diego de Hurtado Docampo, del hábito de Santiago, y cincuenta soldados que llevaban carga de arcabuces para el fuerte de Adra. Hallábase escondido en el lugar D. Fernando el Zaguer, tío del nuevo rey y su Capitán General, y concertó con los otros conjurados la traición más negra. Hizo que cada uno de los vecinos diese hospitalidad en su casa a un soldado, y a la media noche y a una señal convenida, degolláronles a todos, desde el capitán abajo, sin que escapasen más de tres que pudieron tomar la vuelta de Adra.

No alarmaron estas nuevas como debían a las autoridades de Granada: mas los moriscos del Albaicín, por el contrario, recelosos al saberlas de que la temeraria precipitación de sus hermanos del campo hubiese comprometido sus planes, echáronse atrás al punto, y apresuráronse a enviar mensajeros por todas partes para que nada hiciesen ni intentaran sin nuevo aviso del Albaicín, que era, según ellos, el llamado a guiarlos.

No pensó lo mismo el impetuoso Farax, y creyendo por

el contrario que todo se perdería si no se precipitaban los sucesos, decidió entrar él mismo aquella noche en el Albaicín y levantar a los moriscos o comprometerlos. Reclutó, pues, como pudo ciento ochenta hombres en los lugares más próximos, y tomó con ellos la vuelta de Granada, desafiando los rigores del frío y de la nieve que caía aquella noche, que era la del 25 de Diciembre, sábado, primer día de Pascua.

Llegó a las doce en punto a la puerta de Guadix, que está en el muro del Albaicín, y rompiendo una tapia de tierra que cerraba un portillo, con picos y herramientas que tomó por fuerza en unos molinos del Darro, entró en la ciudad y fuese derecho a su casa, junto a la parroquia de Santa Isabel, dejando a su gente guardando el portillo, con bonetes colorados a la turquesca y toquillas blancas encima, porque pareciesen turcos.

Reunió Farax a las principales cabezas que allí tenía la rebelión, y quiso persuadirles la necesidad de levantarse todos como un solo hombre aquella misma noche. Mas los del Albaicín, pérfidos y falsos hasta con sus propios hermanos, y creyendo que con lo ya hecho bastaba para infundir miedo a los cristianos, sin necesidad de exponer ellos sus vidas y haciendas, excusáronse con la premura del tiempo y la falta de gente, pues de ocho mil hombres que debían acompañarle, solo traía consigo ciento ochenta.

Furioso entonces Farax insultóles con grande rabia, y dos horas antes del amanecer, reunió toda su gente, y con gaitillas, atabalejos y dulzainas, recorrió todas las calles del Albaicín dando lastimeras voces. Llevaba delante dos banderas desplegadas y en medio iba Farax Abenfarax, con un cirio encendido en la mano, manchada la blanca toca turquesca y la espesa y enmarañada barba con frescos

cuajarones de sangre: era chico, regordete, de muy abultado vientre y brazos tan largos y membrudos, que resultaban monstruosos. Ponía pavor ciertamente verle a la móvil luz del cirio, cuando parado de trecho en trecho, echada atrás la enorme cabeza y entornados los sangrientos ojos, gritaba en algarabía con ronca voz, que era al mismo tiempo lastimera: «No hay más que Dios y Mahoma su mensajero. Todos los moros que quisieran vengar las injurias que los cristianos han hecho a sus personas y ley, venganse a juntar con estas banderas, porque el Rey de Argel y el Jerife, a quien Dios ensalce, nos favorecen y nos han enviado toda esta gente y la que nos está esperando allá arriba».

Y todos los demás contestaban en coro: «Ea, ea, venid, venid; que ya es llegada nuestra hora, y toda la tierra de moros está levantada».

Nadie, sin embargo, respondió al llamamiento, ni hubo puerta ni ventana que se abriese o entornase ni rumor que se oyera por ninguna parte, como si fuese todo el barrio una verdadera población de muertos. Solo, dicen, un viejecillo les gritó desde una azotea: «Hermanos, idos con Dios: que sois pocos y venís sin tiempo».

Llegaron a la plaza de Bib el Bonut, donde estaba la casa de los Jesuitas, traídos allí por el Arzobispo D. Pedro Guerrero, y llamaron por su nombre al famoso Padre Albotodo, morisco de origen, e insultáronle llamándole perro renegado que siendo hijo de moros se había hecho alfaquí de cristianos, y como no pudieran romper la puerta, que era fuerte y estaba bien atrancada, contentáronse con hacer pedazos una cruz de palo que sobre ella habían puesto.

Comenzaron en esto a tocar a rebato las campanas del Salvador, porque el canónigo Horozco, que moraba a es-

paldas de la sacristía, habíase metido dentro por una puerta falsa y las hacía repicar. Retiróse entonces Farax a la ladera por donde se sube a la torre del Aceituno, y desde allí dió otro pregón; y como nadie le acudiese tampoco, comenzó a insultar a los del Albaicín gritando: «¡Perros, cornudos, cobardes, que habéis engañado a la gente y no queréis cumplir lo prometido!» Y con este desahogo fuése ya entrada el alba, y perdióse a lo lejos entre la ventisca y la nieve, como se aleja y desaparece la amenazadora tempestad que corre a descargar más lejos.

Bajaron al otro día a la Alhambra los hipócritas moriscos del Albaicín, y pidieron al Marqués de Mondejar que les amparase y protegiese contra los Morfies que habían penetrado la noche antes en su barrio invitándoles a la rebelión, y poniendo a prueba su fidelidad a la Religión y al Rey y también sus vidas y haciendas. Dióles el Marqués más crédito del que merecían, y quedaron aquellos perversos satisfechos de haber desencadenado la tempestad sin riesgo alguno de ellos. Porque la tempestad se desencadenó entonces furiosa y terrible como pocas veces registra la historia.

En menos de quince días incendiaron y saquearon los moriscos de Farax más de trescientas iglesias, destrozaron sus imágenes, profanaron en ellas el Santísimo Sacramento y asesinaron a más de cuatro mil cristianos entre hombres, mujeres y niños, con tan exquisitos tormentos y muertes tan atroces, que no se encuentran iguales en los anales de los mártires. Y fué gran maravilla y gloria de aquellas víctimas, que ni uno solo hubo entre ellos que renegase, y todos murieron con los nombres de Jesús y su Santísima Madre en los labios; lo cual exasperaba tanto a aquellos verdaderos mahometanos, que para evitar estos clamores piadosos que sonaban en sus impías orejas como

blasfemias, llenábanles las bocas de pólvora y prendíanles fuego (1).

Ordenaba estas crueldades el renegado Farax Abenfarax y aprovechábase de ellas el flamante Rey Aben Humeya, que en tan corto espacio de tiempo vióse señor de más de trescientos lugares en que se proclamaba la secta mahometana; caudillo de más de veinte mil hombres que le aclamaban Rey, y teniendo al alcance de la mano el puerto de Almería, que como en otros tiempos Gibraltar, podría ser muy bien la llave de toda España.

Entonces cayó de veras en la cuenta Felipe II, y para ahogar la rebelión y concertar las rivalidades del Marqués de Mondéjar y el de los Vélez, tan peligroso ante aquel enemigo formidable, envió a Granada a su hermano D. Juan de Austria.

(1) Refiriendo Vander-Hammen estos sucesos en su vida de D. Juan de Austria, dice estas palabras tan significativas en un autor de sus circunstancias y su época: «Celebrara la Iglesia fiesta a tan glorioso triunfo, si en los Reyes, Prelados y Príncipes de España, hubiera el zelo que debían tener, y se embarazaran menos en sus menudencias o intereses particulares y temporales. Cúlpolos a todos por ser causa común, en que todos debían acudir, mostrando en tal afecto la verdad de lo que profesan, la esperanza de lo que se prometen, la seguridad en que caminan, y el riesgo a que se pusieran. Amor y caridad obligan, y estando las historias todas representando esta causa, clamando y dando voces contra este descuido, razón fuera se moviera alguno a emprender tan ilustre acción para que su Santidad premiara la fortaleza y hechos heroicos destes Mártires de todo punto sobrenatural y divina».





XIV

LLEGÓ D. Juan de Austria el 12 de Abril (1568) a Hoznaveuz, y allí se detuvo para disponer al siguiente día su entrada solemne en Granada, que sólo dista cinco leguas. Venían con él gran número de caballeros que formaban su séquito, y al frente de ellos Luis Quijada, puesto a su lado por el Rey como asesor y consejero. El Duque de Sesa, que había recibido también orden del Rey de asistir a D. Juan, lo mismo que Luis Quijada, debía llegar unos días más tarde. Vino aquel mismo día a visitar a don Juan el Marqués de Mondéjar, con muchos capitanes y deudos suyos: quedóse aquella noche en Hoznaveuz para enterarle del estado de la guerra, y volvióse muy de mañana a Granada para ocupar su puesto en el solemne recibimiento.

Había ya el Rey escrito minuciosamente al Presidente D. Pedro Deza marcando hasta el número de personas de la Audiencia y del Cabildo que debían salir al encuentro de su hermano. Mas no pudo reglamentar el Rey de igual manera el entusiasmo de los vecinos ni la alegre expectación de las tropas, relajadas unas por la indolencia del Marqués de Mondéjar, y descontentas otras por los rigores

y durezas de el de los Vélez. Fué, pues, aquel día en Granada de universal esperanza y regocijo, y todos salieron a recibir al nuevo caudillo por aquellos campos de la vega, verdes, floridos y sonrientes como lo era su esperanza misma.

Salió el primero el Conde de Tendilla, primogénito de Mondéjar, y llegó hasta el lugar de Albolote, legua y media más allá de Granada: llevaba consigo doscientos hombres, ciento de la compañía de Tello González de Aguilar y ciento de la suya propia, cuyo teniente era Gonzalo Chacón, héroe poco después de cierta ruidosa aventura en la corte. Iban éstos muy bien aderezados a la morisca: los otros con ropetas de raso y tafetán carmesí a la castellana, y todos bien armados de corazas, capacetes, adargas y lanzas, como si quisieran reflejar en sus trajes la gala de aquel día y el estado de guerra en que se hallaban. De igual manera venían D. Juan y los suyos: traía el peto, espaldar y gola de bruñido acero claveteado de oro, cuxotes o greñescos afollados de tela de plata y oro sobre seda morada, con hilos de perlas en las aristas; calzas de grana, botas muy altas de gamuza blanca con espuela de oro, puños y gorgueras de ricas puntas de Flandes y sombrero alto de terciopelo rizo con copete de plumas, sujeto con soberbio joyel de esmeraldas: caíale sobre el pecho el toisón de oro, y en el brazo izquierdo llevaba la escarapela carmesí, insignia de su cargo, que fué luego sustituida por la flotante banda roja.

Salían unos de Albolote cuando entraban los otros, y hechos allí sus cumplimientos, siguieron juntos para Granada, formando un escuadrón vistosísimo. Venía delante D. Juan de Austria entre Luis Quijada y el Conde de Miranda, detrás los caballeros y cerrando la marcha las tropas. Habíanse mientras tanto reunido en el Hospital Real, fuera de puertas, el Presidente D. Pedro Deza, el Arzobispo y el

Corregidor: trafa el primero consigo cuatro oidores y los alcaldes del crimen; el segundo cuatro canónigos y las dignidades del cabildo, y el Corregidor cuatro veinticuatro y sus tenientes.

Estos eran los indicados por el Rey en su carta a D. Pedro Deza; mas agregáronse a ellos sin que nadie pudiera ni quisiera evitarlo, la nobleza toda de la ciudad, los ciudadanos particulares y el vecindario entero: los moriscos del Albaicín, dejados sus trajes propios por los que la discutida pragmática les ordenaba, discurrían por todas partes mezclados con los vecinos, haciendo hipócrita alarde de alegría y de entusiasmo, que según declaración posterior de algunos, mezclaban en voz baja con horrendas maldiciones a D. Juan y a los cristianos pronunciadas en algarabía. Llenaba todo este inmenso gentío desde la puerta de Elvira hasta el arroyo do Beyro, que era donde había de hacerse el recibimiento: en el llano de este nombre extendíase toda la infantería, formando un escuadrón de más de diez mil hombres, con el Marqués de Mondéjar al frente.

Al llegar D. Juan a la vista, adelantáronse hasta el arroyo el Presidente y el Arzobispo, montados en sendas mulas muy bien enjaezadas, seguidos de sus acompañamientos, y el Corregidor a caballo con el suyo y detrás todos los caballeros y ciudadanos. Apeóse el primero el Presidente y llegóse muy humilde a hacer su cumplimiento a D. Juan: mas arrojándose éste prontamente del caballo, recibióle con el sombrero en la mano en sus brazos y túvole un rato entre ellos. Hizo lo mismo con el Arzobispo, y desfilaron luego por antigüedad los oidores y alcaldes, las dignidades del Cabildo, el Corregidor y ciudadanos particulares. El Presidente, colocado a la derecha de D. Juan, presentábase los a todos por sus nombres, y a todos acogía él con alguna palabra cariñosa u oportuna y les dejaba satisfechos; pues

fuera aparte de su bondad natural, que le hacía afable sin afectación ni estudio, poseía D. Juan esa cualidad inapreciable para los Príncipes, de hacerse simpático y subyugar los ánimos a primera vista.

Concluído este recibimiento pasaron delante Luis Quijada y el Conde de Miranda, para dejar la derecha e izquierda de D. Juan al Presidente y al Arzobispo; de esta manera caminaron para la ciudad con increíble concurso de gente que llenaba todos aquellos campos, y al emparejar la comitiva con las primeras hileras del escuadrón formado en los llanos de Beyro, rompieron a repicar las campanas de la ciudad, redoblaron las cajas, tocaron los clarines y trompetas y comenzó la arcabucería a disparar por su orden y sin intervalo, haciendo una imponente salva cuya espesa humareda lo envolvió todo como en transparente nube, prestando a la varonil figura de D. Juan cierto tinte guerrero y como de cosa sobrenatural, que embelesaba la vista y enardecía los corazones.

Mas de repente sonaron dentro de la ciudad grandes llantos y alaridos, y vió D. Juan salir por la puerta de Elvira más de cuatrocientas mujeres desmelenadas, desgarrados los trajes de luto, llenando los aires de lamentables gemidos, y correr hacia él en tropel desordenado hasta arrojarse a los pies de su caballo, mesándose los cabellos, hiriéndose los pechos, desgarrándose las ropas y revolcándose en el polvo con dolorosos lamentos y agudos alaridos. Hasta que al cabo, levantándose una de ellas, ya vieja, muy alta, con los cabellos canos esparcidos y desgarradas las tocas de luto, extendió hacia D. Juan los enjutos brazos temblorosos, y con ronca y desolada voz dirigióle este apóstrofe: «¡Justicia, señor, justicia es lo que piden estas pobres viudas y huérfanas; que aman el lloro en el lugar de sus maridos y padres; que no sintieron tanto dolor con oír los

cruels golpes de las armas con que los herejes los mataban a ellos y a sus hijos, como el que sienten al ver que han de ser perdonados!»

Suspenseo D. Juan primero y conmovido después al saber que eran aquellas infelices las huérfanas y viudas de los cristianos muertos y martirizados aquellos días por los moriscos, extendió hacia ellas la mano haciendo el milagro de acallarlas, y consolólas en lo posible prometiendo favorecer su justicia. Cesaron las lástimas dentro de la ciudad, y de allí en adelante sólo vió D. Juan colgaduras y toldos de brocados y paños de oro, y muchedumbre de damas y doncellas nobles ricamente ataviadas, que arrojaban desde las ventanas flores a su paso, y vertían sobre él, a la usanza morisca, ricos pomos de esencias. Apeóse D. Juan a la puerta de la Audiencia, que era donde le tenían preparado su alojamiento: *las casas de la mala ventura*, como las llamaban lo moros, porque de allí había de salir su perdición.

Dos días después, cubierto aún D. Juan, como suele decirse, con el polvo del camino, enviaronle los moriscos del Albaicín una embajada con cuatro de los suyos, *los más ladinos de entre ellos*, dice un cronista. Querían sondear el ánimo del nuevo caudillo y engañar la inexperiencia que suponían en su juventud, como habían engañado hasta allí la índole interesada del Marqués de Mondéjar y la fervorosa caridad del Arzobispo. Presentáronsele, pues, como agraviados, en vez de humillársele como ofensores, enumerando los daños recibidos, pidiendo justicia contra ellos, proclamando su inocencia y reclamando con el mayor cinismo la protección y el amparo de D. Juan para sus vidas, honras y haciendas.

Dejóles hablar éste libremente prestándoles la sostenida y cortés atención que debe todo juez al reo que se defiende, y cuando hubo concluído el que llevaba la palabra, con

grave mesura y firmeza, y tan impasible rostro que toda la perspicacia de los moriscos no fué bastante para adivinar sus intenciones; contestóle estas textuales y estudiadas palabras: «El Rey mi señor me mandó venir a este reino por la quietud y pacificación dél; sed ciertos que todos los que hubiéredes sido leales al servicio de Dios nuestro señor y de Su Majestad, como decís, sereis mirados, favorecidos y honrados y se os guardarán vuestras libertades y franquezas; pero también quiero que sepais que juntamente con usar de equidad y clemencia con los que lo merecieren, los que no hubieran sido tales serán castigados con grandísimo rigor. Y en cuanto a los agravios que vuestro procurador general dice que habeis recibido, darne heis vuestros memoriales que yo lo mandaré ver y remediar luego, y quie-roos advertir que lo que dijéredes sea con verdad, porque de otra manera habríades hecho daño a vosotros mismos». Salieron los moriscos desazonados con esto, comprendiendo que no habían logrado sorprender al mozo, y temieronlo ya todo de su arrojo y su prudencia.

Y razón tenían para temerle; porque convencido D. Juan desde el primer momento de que el foco de la rebelión estaba en el Albaicín; que desde allí la atizaban sin cesar con socorros y noticias, y la sostenían y animaban con fundadas esperanzas de ser auxiliados por la costa de turcos y berberiscos, resolvió desde luego guardar aquellas costas de manera que todo desembarco fuera imposible, y arrancar de cuajo del Albaicín aquel foco de traición y de espionaje, arrojando de un golpe a todos los moriscos fuera de Granada.

Sujetó, pues, D. Juan de Austria estos dos puntos al consejo de guerra y aprobóse sin titubear el primero, conviniendo en que el Comendador mayor D. Luis de Requesens, teniente general de D. Juan en la mar, acudiese con

las galeras que tenía en Italia a vigilar y defender aquellas costas. En cuanto a la expulsión de los moriscos del Albaicín, dividiéronse los pareceres, sosteniendo cada cual el suyo con más o menos bríos y razones. Mas D. Juan, firme siempre en su propósito, que fortalecía y apoyaba con su autoridad el Presidente D. Pedro Deza, envió al Rey la consulta, pidiéndole, en caso de ser aprobada, instrucciones sobre los lugares y el modo de repartir aquella peligrosa gente fuera del radio en que la rebelión se agitaba.

No perdió D. Juan el tiempo mientras el Rey evacuaba su consulta. Aplicóse lo primero con grande actividad y energía a reprimir los excesos de capitanes y soldados en alojamientos, contribuciones y rapiñas de todos géneros, y a encauzar la guerra por un solo plan y reducirla a una dirección única, cosa imposible hasta entonces por las rivalidades y malquerencias del Marqués de Mondéjar y el de los Vélez, y la indisciplina y codicia de capitanes y soldados, que más se ocupaban de pillar ricas presas y botines que de alcanzar victorias y tomar posiciones: no peleaban por vencer sino por robar, y embarazados a veces con la magnitud de la presa, dejábanse matar sobre ella antes que abandonarla: otros, dueños ya de un botín que satisfacía su codicia, huían con él y se internaban tierra adentro abandonando sus banderas.

Asistía Luis Quijada a D. Juan de continuo con las luces de su entendimiento y gran experiencia en cosas de guerra, sin escasearle tampoco las peloteras y regaños, como en otro tiempo al Emperador, su padre, y un mes después de su llegada a Granada (16 de Mayo) escribía al Príncipe de Évoli la siguiente desoladora carta, que da idea del triste estado de la campaña.

«A la de V. S. de siete de éste debo respuesta; no lo he podido hazer por mi mal, que cierto me ha apretado: ha

tres o cuatro días que estoy sin calentura, y probado a levantarme, y súfrole pocas horas, porque mi flaqueza es grande; buélvome a la cama con mucho cansancio; cómo y duermo con poco gusto. Iré como pudiere y no como querría, porque si en algún tiempo he sentido mal es en éste, y no quiero hazerme tan del soldado, que lo pueda remediar todo; pero entiendo que mucho de ello se pudiera hacer al principio. El modo de vivir de estos malditos soldados, así aventureros como ciudadanos, que nunca lo fueron, ni tuvieron orden de ello, y la que tienen es fuera de la que sería razón y convendría a gente de guerra, porque ni piensan en pelear, sino en robar a Dios y al mundo: él ponga la mano como puede, que yo digo a V. S. que desastre tan grande ni en tan ruin sazón, no se ha visto jamás, como ha sido el del Comendador mayor (1), pues en él teníamos esperanza de guardarnos la mar, y no menos con los soldados que nos avia de dar en tierra para los buenos efectos que se podían hazer. Esto cesa y tan cesado que por horas y sin dificultad ninguna pueden llegar las armas y municiones que estos perros esperan, que según dicen será mucha cantidad: para tomallas sóbrales gente, y para levantar todo lo que no lo esté, conforme todos los avisos, que con una seña lo harán llegadas las galeotas, y se irán a la sierra, a la cual han retirado los de la Vega y los demás toda la hazienda que tenían, determinados de morir; y no

(1) Alude a la espantosa borrasca de tres días que sufrieron al salir del puerto de Marsella las veinticuatro galeras capitaneadas por el Comendador mayor D. Luis de Requesens; perdidas unas y dispersas otras, que fueron a parar a Cerdeña destrozadas, fué imposible al Comendador cumplir las órdenes de D. Juan de Austria. Mandóse entonces venir de Nápoles a Juan Andrea Doria con sus galeras y a D. Álvaro de Bazán con las suyas desde Cerdeña; pero ya era tarde y mientras tanto pudieron los moriscos recibir socorro de gente y bastimentos, así de turcos como de berberiscos.

lo dudo, sino que lo harían si hoviese soldados que los apretasen a ello, aunque la disposición de la tierra lo puede muy bien escusar; pero, Señor, fatígame mucho que éstos no son soldados, ni sus Capitanes, ni Oficiales. Pues las galeras que de Italia venían y la gente de ellas quedaban de tan poco provecho, fué muy bien mandallas bolver y en el entretanto que Juan Andrea llegava, pues D. Álvaro de Bazán se hallava en Zerdeña, no sé si fuera bien mandalle viniese a juntarse con D. Sancho, para que éstos no osaran desembarcar con tanta libertad, mas allí se devió de proveer lo mejor. Temo el tardar de Juan Andrea, y la prisa del Comendador Mayor la pagamos. Estos perros havrá ocho días que hizieron muestras y se hallaron juntos doce mil, entre los quales havia seis mil tiradores, y los demás con armas enastadas, espadas y ondas, y en otras partes se juntaron ocho mil: ni crea que están tan bien armados como nos dicen, ni que tienen tanta municion de pólvora como ellos publican. Yo ha días que no he visto Consejo, ni oído por mi mal. Por las que el señor D. Juan escribe, entenderá V. S. lo que ay: lo que yo entiendo es, que lo que más convenia era apretar a éstos y echar este negocio a un cabo: puédese mal hacer según tarda la gente que se ha enviado a llamar, y como si fuera buena la deseamos. Los cavallos son muy buenos y donde quiera que se hallen, por pocos que sean, no los esperan los moros, ni quiera Dios que ellos lo hagan tanto que nos hagan mudar la orden que hasta aqui se ha tenido, que cierto con la que tienen, mal se puede esperar ningún buen suceso: por ruines que seamos nosotros, más lo son ellos, si quisiésemos ser un poco hombres de bien. El Señor D. Juan trabaja lo que puede, con asistencia de los que V. S. sabe, con todo el cuidado y la diligencia del mundo; la misma tienen en averiguar cohechos y bellaquerias y agravios que los Ofi-

ciales han hecho; pero danse tan buena maña, que con muchos se componen de manera, que pierden sus dineros y por mucho que den a los otros, se quedan ellos con más: es cosa no vista lo que dizen y aun lo que han sentido que el Señor D. Juan haya nombrado Auditor para que entienda en esto. Ha sido la cosa del mundo más acertada el aver enviado al Licenciado Biguera para muchos más, y principalmente para aclarar lo que a Su Majestad toca, que creo es una gran cantidad, si la saben bien desmenuzar, y es poco uno para entender en ello. Ay señor, y qué tierra para comprar, y lo que agora valdrá diez, de aquí a diez años valdrá ciento; no me pesaría que V. S. pensase en ello y se formase, que con mucha menos hacienda que lo que V. S. daba al Señor D. Diego, se puede comprar mucho mejor Estado: Su Majestad ha de vender y a muy buen precio y el acrecentamiento será mucho para el que lo comprara. Suplico a V. S. perdone carta tan larga, que es de las dos abaxo y no puedo dormir; y si es servido que le dé cuenta de niñerías hacerlo he. De que a mi señora la Princesa la aya parecido tan bien Pastrana despues de ser suya, lo creo muy bien; Vuesaseñorías la gocen muchos y largos años. A su Señoría le beso muchas veces las manos.—Del Real contra los moriscos a 16 de Mayo de 1569».



XV



PROBÓ Felipe II la propuesta de su hermano, y autorizóle para expulsar de Granada a todos los moriscos de diez años arriba y de sesenta abajo.

Debíaseles internar en lugares de Andalucía y Castilla que el mismo Rey indicaba, y entregarlos allí por nóminas a las justicias, para que tuvieran cuenta con ellos. Quería también el Rey, para evitar escándalos y llevar a cabo más suavemente aquella operación arriesgada, que no se les impusiese este destierro como pena, sino se les diese a entender que les apartaban de peligro por su bien y quietud, y que, allanada la tierra, se cuidaría de ellos y serían remunerados los inocentes y leales. Pocos había que lo fuesen de hecho, y de intención, ninguno.

La operación, como decía D. Felipe, era peligrosa en efecto por dos extremos distintos. Era de temer que exasperados los moriscos al verse descubiertos, intentasen algún último y supremo golpe de mano: y era igualmente posible que al verlos presos e inermes el populacho de Granada, se levantase contra ellos y cometiese algún bárbaro atro-